

UNWELL

“Unwell”

por Enric González

Esta sección se llama “Unwell”. Quizá sepan por qué. Por si acaso, lo cuento.

Jeffrey Barnard, uno de los más celebrados columnistas de la revista inglesa “The Spectator”, era un hombre de vida más bien desordenada. Se levantaba tarde, descorchaba una botella de champán francés que compartía con la asistente doméstica, encendía el primer cigarrillo, engullía una pastilla de vitamina C y salía a trabajar, lo que consistía, básicamente, en hacer una ronda por los más selectos “pubs” del Soho londinense.

En los bares, Barnard comentaba la actualidad con tipos tan brillantes como él, y no menos dipsómanos. Tipos como Kingsley Amis, miembro destacado de la generación literaria conocida como “jóvenes airados”, aficionado al gulash picante del “Gay Hussar” y a las polémicas encendidas. Amis, padre del novelista Martin Amis, sufrió el mal de Alzheimer antes de morir. Dejó de saber quién era, pero no pudo dejar de escribir. Su última novela, muy extensa, contenía una sola palabra tecleada una y otra vez. La palabra era “seagull”, gaviota.

O tipos como Keith Waterhouse, el más prolífico columnista satírico de la posguerra británica.

Barnard sabía que sus hábitos eran muy poco saludables. Y no los recomendaba al público. Consideraba aceptable que existieran “pubs” generosamente iluminados en los que se sirviera comida, incluso comida decente, a los que acudieran familias y mamás con niños y en los que no se permitiera fumar. Lo consideraba aceptable siempre y cuando no le obligaran a poner los pies en ellos.

Al viejo Barnard (yo le conocí ya anciano y con las manos bastante temblorosas), el hecho de consumir alcohol le parecía un gesto solemne. Y grave. No creía que fuera una actividad que debiera realizarse frívolamente, con niños delante o las llaves del coche en el bolsillo. Evidentemente, no hablamos aquí de una cervecita o una copa de vino. Barnard bebía vodka en vaso grande.

Empiezo a pensar como Barnard. No en lo referente al vodka servido por pintas, sino en la ceremonia apropiada para el consumo, preferiblemente moderado, de bebidas espirituosas. Cuando describía sus “pubs” favoritos, oscuros, llenos de humo y con la

CREO QUE LAS LEYES SANITARIAS DEBERÍAN PERMITIR LA EXISTENCIA DE ANTROS, DE LOCALES OSCUROS DONDE SE PUDIERA BEBER, FUMAR Y REFLEXIONAR SOBRE LA DESESPERANZADORA EXISTENCIA HUMANA...

entrada terminantemente prohibida a menores, Barnard subrayaba que el acto de beber debía ser individual, consciente y responsable, porque de lo contrario acababa llevándole a uno a la perdición. A él le llevó a la perdición, tal vez porque nunca relacionó la responsabilidad con la moderación, pero muy lentamente. Como Barnard, creo que las leyes sanitarias deberían permitir la existencia de antros, de locales oscuros donde se pudiera beber, fumar y reflexionar sobre la desesperanzadora existencia humana.

Todo esto venía a cuento del “unwell”. Cuando Barnard sufría uno de sus múltiples achaques y no podía enviar su columna a “The Spectator”, la revista dejaba el espacio en blanco bajo una discreta advertencia: “Jeffrey Barnard is

unwell”. Así se llamó una espléndida obra de teatro sobre Barnard, escrita por su amigo Keith Waterhouse y protagonizada por Peter O’Toole.

Tal vez me haya ocurrido algo así y esté escribiendo este “Unwell” solo para mí mismo. Una infección y las consiguientes fiebres (nada que ver con el vodka, que frecuento raramente) han retrasado el envío de este texto hasta el límite mismo del cierre, o quizá un poco más allá. Si ese es el caso, mala suerte. ●

Enric González es corresponsal en Jerusalén de El País, periódico para el que ha prestado sus servicios en Londres, París, Nueva York, Washington y Roma. Además es autor de *Historias de Londres*, *Historias de Nueva York*, *Historias del Calcio* e *Historias de Roma*, los cuatro editados por RBA.